

Hay días en que no me acuerdo de su nombre, sin embargo sé que escribiré esta novela. No se la debo a nadie, ni siquiera a mi padre que aún sigue vivo —muy mayor y muy viejo, eso sí—, y con el que iba a trabajar a Arrona cuando era un muchacho. Tú, además, aún no habías nacido. Es curioso, no me apetece hablar de ello, aún hoy me suelo callar ante los que parece que no movieron un dedo, y que, sabiendo lo que pasaba, jaleaban a los asesinos. Podría ser que siendo inconscientes pensarán por igual que lo que sucedía debía suceder al fin y al cabo porque todo era parte de una realidad donde unos mataban y otros volteaban la mirada. Todo es extraño en este país donde el mar pasa del silencio al ruido en un segundo. Puedo decir que también son así los recuerdos. Estos podrían ser como una bala que se dispara y da en el blanco. Una bala que sigue su curso invisible en el tiempo. Una trayectoria inevitable. Acabo de leer en los periódicos que después de más de treinta y cinco años, la localidad que lo vio nacer, su pueblo, homenajea a Ceferino Peña, un industrial asesinado por ETA, por equivocación. ¿Quién puede matar a otro hombre por error? Son, creo que lo sabes, porque pasa en todos los países y lugares, esas cosas que se dicen para explicar un hecho que nunca debiera tener justificación. Pocas veces, un grupo criminal o una organización terrorista, ponle el nombre que quieras, publica un comunicado donde

asume un error por una acción violenta y pide perdón; aunque a renglón seguido afirme, a modo de excusa, que los hechos son parte de esos daños colaterales en una guerra en la que mueran inocentes. Es verdad, no tenemos tantos muertos como los de tu país, ni tantos inocentes y culpables como podrían mencionarse en cualquier guerra, pero en nuestra historia particular, una cercana que aún vuelve a la superficie cuando algunos se miran a los ojos o los cierran sin más, hubo una batalla entre unos y otros, una confusión que arrastró a muchos más, un enfrentamiento armado que otros quisieron ver como una guerra. Fue una tragedia que nos llevó a vivir en silencio, a respirar con el miedo dentro del cuerpo, aunque algunos, no creas que fue la mayoría, en aquel momento no entendiéramos nada: ni la razón por la que se mataba ni la excusa que llevó a hacerlo; una primera idea que, luego, lo más seguro, como sucede a menudo, se podría diluir en una nada amplia que incluye la falta de una respuesta clara al porqué de tanto tiro o de tanta bomba o de tanta muerte absurda; un extenso vacío que incluye otra fatídica pregunta: ¿por qué el Estado respondió a la rebelión de unos pocos con una fuerza desorbitada? Sabes que en casi todos los lados pasa algo parecido: cuando unos se alzan en armas, otros intentan disuadirlos de la manera más beligerante que se pueda. Ver lo que sucede en estos casos es ver la muerte de cerca; y si tienes suerte, y la muerte no se acerca a ti o, por lo que sea, no te toca, es sentir el miedo inevitable, la cobardía, pero también el silencio, de un modo extraño, aunque por costumbre o

por desidia todo pudiera parecer cotidiano o hasta lo más normal del mundo. Cuando la gente se acostumbra a la muerte, la vida se siente de otra manera, en matices grises, un tanto tristes, sin colores estridentes, sin alegría. En aquellos años, yo tenía dieciocho años, tú no habías nacido, y todo era bastante negro; incluso el mar y el cielo que algunas veces has podido ver con un color luminoso eran oscuros, y en los días de sol, de descanso, había que tener los ojos muy abiertos para seguir adelante, había que tener el corazón cerrado para no caer en el desánimo que causaba una historia en la que los hombres se convirtieron en salvajes y cobardes en un tiempo donde una organización sectaria utilizó el terror y el Estado respondió con una represión feroz, sin ton ni son, también con armas, con odio, con prepotencia. Me dices que pasa en todos los lados, que la gente no es educada, que por lo general suele tener miedo ante el que más grita o dispara sin más, pero esas justificaciones nunca han de ser válidas o al menos no lo son para mí. Aún hoy me cuesta explicarme. ¿Te dije que después de tantos años la gente mira para otro lado, que muchos de los que mataron están en la calle, y que hablar de todo esto, del pasado más reciente, no suele ser normal entre nosotros? ¿Te dije que después de tantos muertos y tantas balas, la gente conversa entre ellos como si no hubiera pasado nada anormal entre nosotros? Por si no lo sabes, este es un lugar donde estas cosas pasan más a menudo de lo que se cree. Pero esta vez no me refiero a los muertos, sino al silencio, al miedo que nos lleva a no hablar en voz alta y a no decir

lo que pensamos, ante los demás, porque se suele creer que muchos de ellos no lo hacen como uno. ¿Cuántos piensan ahora en la paz y en la bondad de la gente por ejemplo?, y ¿cuántos jaleaban la barbarie con discursos vehementes y razonamientos sentimentales, la mayoría de las veces exagerados? Te puedes imaginar lo que es hablar con un desconocido. Pero si me apuras, podría ser más sencillo y hasta lo contrario: ¿quién sabe lo que de verdad piensa aquel que no conocemos y del que no intuimos ni sus heridas más tibias? Lo que se olvida o lo que no se dice es que alrededor de cada muerto hay más de veinte corazones rotos que no podrán restañar sus heridas, aun cuando pasen los años. ¿Quién me fuera a decir a mí que hoy estaría vivo y que te conocería, además, en el país donde el asesino paseó por sus calles durante años, en una clandestinidad estricta, con un documento de identidad falsificado, con otro nombre, hasta que fue entregado a España? No sé si merece la pena nombrar el país; este no es un ensayo sobre historia ni violencia, sino solo una novela de sentimientos en la que la verdad debe prevalecer en algún momento. Nombrarle a él, al asesino, ¿merece la pena? Sería poner nombre y apellidos a una persona que podría renombrar e identificar a toda una generación que se perdió sin más en los vericuetos de la historia, mientras creía que podía cambiar el mundo con las armas y con las ideas más exaltadas. Hubo también otra, casi la misma, que quiso vivir de otra forma, fue con las drogas, ¿lo recuerdas? Pero esta gente se mató a sí misma y desapareció del mapa antes de que tú cumplieras dieciocho años.

Me levantaba a las seis y media. Mi padre lo hacía un poco antes. Se lavaba, se afeitaba con una brocha enjabonada y una maquinilla donde cada cierto tiempo metía una cuchilla nueva, se echaba la colonia Brummel, la de color azul, en las manos, y se golpeaba, con ligeros toques, el rostro. Lo hacía con la camiseta elástica blanca; para cuando se vestía, mi madre ya le había puesto el café sobre la mesa. Con el primer sorbo, ella se dirigía a mi habitación, sacudía las mantas, y me despertaba para que fuera al baño. Entonces no nos duchábamos a diario como hoy, sino que era un lavarse la cara con agua fría, secarse con una toalla blanca áspera, frotarse el pecho y las axilas con agua y un poco de jabón, mojarse de nuevo el cuerpo con agua fría, y secarse lo más rápido posible para ir entrando en calor. En el baño grande había una bañera alargada que no se utilizaba, situada a la izquierda de la puerta, y el lavabo quedaba enfrente, con un espejo redondo. Sobre la puerta colgaba un calefactor con una cuerda. Se utilizaba en invierno: si tirabas de la cuerda, dos barras separadas por un par de centímetros se teñían de rojo hasta que se calentaba el espacio que llegaba hasta el espejo. Si mirabas en el espejo veías los azulejos verdes y la cortina blanca. Nada más salir por la puerta, veías la penumbra del portal donde una lámpara verde iluminaba a duras penas las escaleras de madera. Una vez que salías del portal, veías la